

Libros

HOUELLEBECQ, Michel, *Soumission*, Flammarion, París 2015, 300 pp., ISBN: 9782081354807

Excepcionalmente comentaremos aquí un libro en lengua francesa, aparecido el 7 de enero pasado, esto es, exactamente el mismo día del salvaje atentado contra la sede de *Charlie Hebdo*. Hay una relación directa: la portada de *Charlie Hebdo* de esa semana era un dibujo sobre Houellebecq, y no hace mucho que Bernard Maris, una de las personas asesinadas en la redacción del semanario, publicó un libro titulado *Houellebecq économiste* (Flammarion, 2014). Después del atentado, Houellebecq abandonó sus compromisos editoriales en torno a *Soumission*, y prudentemente desapareció de la vista.

Michel Houellebecq es uno de los escritores franceses del momento. Obtuvo el premio *Goncourt* en 2010 por *La carte et le territoire* (*El mapa y el territorio*, en Anagrama). En general sus novelas son seguidas atentamente, con tiradas iniciales de más de 100.000 ejemplares. Aquí no haremos ninguna forma de crítica literaria de *Soumission*, lo que requeriría una maestría considerable del idioma galo, sino que nos limitaremos a su contenido. A un lector perfectamente estándar del francés, sin embargo, le parecerá una novela clara, ágil e interesante, muy fácil de leer.

La novela de Houellebecq se desarrolla en dos planos que se complican de golpe en la vida del protagonista, bien que a su pesar. Por una parte, la existencia privada de un profesor universitario de Literatura, relativamente joven (44 años cumple en la novela) y que sin embargo siente que ha dejado atrás sus modestas cumbres en todos los aspectos: el profesional, el amoroso, el familiar... Lo que tiene por delante es la tranquila decadencia de un funcionario, soltero, profesor ya asentado en Paris III, con pocas clases, sin ningún proyecto intelectual que le emocione verdaderamente, y solo con la referencia del autor sobre el que escribió su tesis de doctorado, Joris-Karl Huysmans. Huysmans se convirtió al catolicismo en 1892, precisamente a los 44 años de edad; pero nuestro protagonista, un francés de 2022, no puede ya convertirse ni creer. Como tantos franceses de narración, no sólo ve decaer su vida sino que está tocado profundamente por el nihilismo de su cultura. Sin embargo, no se trata de un cínico, un narcisista o un estúpido: las personas concretas le importan no menos que él mismo (lo que quizás no sea mucho), y observa con gran lucidez los eventos que ocurren alrededor suyo.

Por esos derrotos transcurre el plano personal de la novela, una introspección despiadada que vale la pena en sí. Y entonces irrumpe la política en la vida del protagonista: un partido musulmán (relativamente) moderado, la *Fraternité Mu-*

sulmane, pasa a la segunda vuelta de las elecciones presidenciales francesas, para competir con la candidata del *Front National*. Los socialistas y el centro-derecha de la UMP le dan su apoyo, a cambio de posiciones ministeriales en la política y la economía, y la *Fraternité* gana finalmente las elecciones en un clima de pre-guerra civil silenciado por los medios.

La clave de la novela no es sin embargo ni personal ni política. Es cultural. Desde el punto de vista político, Houellebecq ha sostenido en diversas entrevistas que un partido político musulmán en Francia le parece inevitable, dado que los musulmanes son muy conservadores en materia familiar, lo que les impide ser recibidos en la izquierda o el centro republicanos, mientras que la derecha, donde tendrían quizás un habitáculo político más natural, los rechaza por extraños a las tradiciones francesas.

El núcleo de la novela se encuentra en ese carácter cultural diferente que no se asimila a la Francia republicana, y si embargo demuestra su vitalidad teniendo y criando hijos. La *Fraternité* puede ceder ministerios de economía al PSF y la UMP porque no le importan realmente; lo esencial es la cultura y la educación. Y precisamente por eso, los partidos del sistema dejan a su vez a la *Fraternité* unos aspectos de la vida social sobre los que ya no tienen mucho que proponer. No solo el protagonista de la novela no cree; es toda la Francia del bipartidismo, situada entre un *Front National* que quiere abandonar la Unión Europea (vencedor de las elecciones continentales de 2014 allí, no lo olvidemos) y la ficticia *Fraternité*, que se propone cambiar el país desde su misma cultura. Los franceses deben entonces, en la novela, elegir entre dos antisistema, mientras los partidos del sistema piensan que si siguen manejando la economía, siguen manejándolo todo. Por eso precisamente apoyan a la *Fraternité* y no al *Front National*: cortos de proyecto cultural, no pueden ver que la *Fraternité* emprenderá una transformación social mucho más profunda.

Un pasaje memorable de la novela es la primera conversación del protagonista con Myriam, una joven judía que ha sido su alumna y su amante tiempo atrás. A partir de observaciones personales, Myriam le pregunta si está proponiendo el regreso al patriarcado. Él responde: «Yo no estoy a favor de nada, lo sabes, pero el patriarcado tiene el mínimo mérito de existir, quiero decir que en tanto sistema social perseveraba en su ser, había familias con niños que reproducían más o menos el mismo esquema; si no hay más niños, esto está acabado». Responde Myriam: «supongamos que tengas razón sobre el patriarcado, que sea la única fórmula viable. Ello no obsta para que yo haya hecho estudios, me haya habituado a considerarme como una persona individual, dotada de una capacidad de reflexión y decisión iguales a las del hombre. Entonces, ¿qué hacemos conmigo ahora? ¿desecharme?». Y termina el protagonista pensando: «La respuesta sería probablemente “Sí”, pero me callé; a fin de cuentas, quizás no soy tan honesto como para decir eso».

Houellebecq es considerado un *enfant terrible* de las letras francesas. Sin embargo, tiene una virtud grande que se pone de manifiesto en esta novela: incluso si uno no está de acuerdo con unas u otras soluciones (o con la falta de ellas, que

también baraja); incluso si uno no considera probables tales o cuales devenires; sin duda apunta directamente a los problemas. El de la natalidad es uno; el de la carrera universitaria otro; el de la participación política de quienes no comparten las bases constitucionales vigentes, un tercero; el de las dificultades de integración cultural de las poblaciones musulmanas en Europa, otro; y así hay más en su novela. Muy diferente a los amigos del lenguaje políticamente correcto que prefieren silenciar las inviabilidades y hacer como si nada pasase, en el intento vano de que nada pase aunque las estructuras sociales se oigan crujir.

Por cierto que no puede decirse que Houellebecq hable en esta novela solo de Francia y que los temas que toca, *mutatis mutandis*, no sean también nuestros temas.

Raúl GONZÁLEZ FABRE

GARCÍA-BARÓ, Miguel, *Descartes y herederos. Introducción a la historia de la filosofía occidental*, Ediciones Sígueme, Salamanca 2014, 222 pp. ISBN: 978-84-301-1863-2.

Después de *Sócrates y herederos* (Ediciones Sígueme, 2009), el profesor Miguel García-Baró publica *Descartes y herederos*. Ambas obras forman parte de la introducción a la historia de la filosofía que su autor ha dividido en tres partes. La próxima y última parte llevará como título *Kant y herederos*. En los dos trabajos que ya han visto la luz, el autor se propone revisar la historia del pensamiento tratando de reconocer en ella las bases, las ideas que permiten comprender mejor nuestro presente y afrontar con responsabilidad nuestro futuro.

El primer volumen se centró en la filosofía antigua y medieval, en este caso el autor nos introduce en la filosofía moderna, tomando a Descartes como el pensador principal desde el que desarrollar tanto los antecedentes como los herederos. La obra está dividida en cinco capítulos. El primero de ellos es una introducción sobre la edad moderna. El segundo se centra en el pensamiento de Descartes. El tercero presenta a los que, junto con Descartes, son considerados los máximos exponentes del racionalismo clásico: Malebranche, Espinosa y Leibniz. El cuarto capítulo se ocupa del empirismo clásico, de la mano de Bacon, Tomás Moro, Hobbes, Locke, Berkeley y Hume. Finalmente, en el último capítulo se introduce la filosofía de Pascal, Rousseau, Voltaire, Montesquieu y G. Vico.

La exposición no ofrece una visión clásica de cada autor, de forma compartimentada y desvinculada del resto de pensadores contemporáneos, sino que logra mostrar el hilo conductor, la temática común que aborda cada uno de los autores desde perspectivas diferentes. Esta aproximación temática permite reconocer mejor la continuidad del pensamiento y la confluencia entre los autores, que

lejos de pensar de un modo aislado y solitario, dialogan continuamente con sus contemporáneos, no solo en el marco de la filosofía, sino en el horizonte abierto de todas las disciplinas.

Hoy en día la tendencia a la especialización, no solo en las áreas de la filosofía, sino de cada disciplina, dificulta el auténtico diálogo, en el que el pensamiento se enriquece y las perspectivas se entrecruzan. La interdisciplinariedad no se reduce a compartir conocimientos (saber lo que otros investigan), sino que implica atreverse a caminar juntos en la búsqueda no solo de respuestas, sino de nuevas preguntas (investigar con otros). Esta lectura nos recuerda un pasado en el que la interdisciplinariedad era imprescindible para la búsqueda de la verdad.

La discusión sobre cuestiones científicas, filosóficas o teológicas era el germen de un pensamiento siempre renovado e integrador. Esto no significa que los autores llegaran siempre a acuerdos, pues en muchas ocasiones nos encontramos ante disputas irreconciliables. Precisamente el autor considera que muchas de las catástrofes que se produjeron antes y después del siglo XVI se dieron de la mano de determinados errores sofisticos y de los excesos de la fe religiosa. Para reconocer tales errores no hay que abandonar la aventura del pensamiento, sino aprender a pensar mejor y realizar una exégesis de las propias creencias, siempre en diálogo con las circunstancias. La creciente especialización nos impide tener una mirada integradora, una visión global de lo humano, lo divino y lo mundano. Quizá estas revisiones de la historia del pensamiento nos ayuden a recuperar el verdadero sentido de una mirada interdisciplinar.

Otro de los rasgos que caracterizan tanto esta introducción como la anterior, es el hecho de que su autor no se mantiene separado de la discusión que presenta, sino que dialoga también con ella, conectándola así con las inquietudes y las preguntas del presente. El lector reconocerá que no solo se expone el pensamiento de los filósofos clásicos, sino que el propio autor del libro se posiciona ante cada corriente, cuestionando o reconociendo el rigor filosófico de cada nuevo planteamiento. Esta aproximación a la historia de la filosofía es coherente con el modo en que el profesor García-Baró concibe la filosofía: es «el empeño de tomar sobre sí, cada uno, la plena responsabilidad respecto de las verdades en las que está sosteniendo su vida» (p. 11).

En este libro encontramos una definición de lo que el profesor García-Baró entiende por filosofía, que refleja claramente el modo en que desarrolla sus introducciones a la filosofía: «La filosofía es profundamente sencilla y maravillosamente apasionante; pero necesita ser seguida muy despacio, a base de muchos ejemplos: contando con que quien la escucha, la lee o la elabora está trabajando intensamente en la comparación constante entre los pensamientos filosóficos y su experiencia real y cotidiana. En cuanto la atención se fatiga, más vale suspender la lectura. O mejor aún: volver atrás, tomar papel y lápiz y escribir notas, esquemas, definiciones, a la vez que también se anota lo que uno mismo, el lector, empieza ya a pensar por propia cuenta, quizá separándose de su guía. Porque la libertad, el trabajo y la responsabilidad son factores esenciales de la filosofía» (p. 47). Y

son también los factores que inspiran y se encuentran en la base de las páginas de esta obra.

Olga BELMONTE GARCÍA

CÁRCEL ORTÍ, V. (ed.), *La II República y la Guerra Civil en el Archivo Secreto Vaticano, III: Documentos de los años 1933 y 1934*, XXXIII + 996 pp., Madrid, BAC, 2014, ISBN: 978-84-220-1739-4 (vol. III); 978-84-220-1532-1 (obra completa).

Paso a paso la obra ha llegado a su ecuador: el tomo III de los seis proyectados. Con la misma metodología de los tomos anteriores, se presentan, precedidos de introducciones y acompañados por notas, 431 documentos (del 995 al 1426), correspondientes a los años 1933-1934. Se trata de despachos del Nuncio Tedeschini al Secretario de Estado Pacelli, de apuntes de éste, de correspondencia del Nuncio con obispos españoles, con políticos (Azaña, Lerroux, Gil Robles), con personalidades de la Iglesia: Herrera Oria, Ledochowski, Fernández Regatillo... La documentación aportada ofrece un retrato de las personas relevantes en la relación Iglesia-Estado de este tiempo.

Los dos años analizados comprenden el final del primer bienio republicano y, desde noviembre de 1933, la mayor parte del bienio Lerroux-Gil Robles. La política respecto a la Iglesia cambió significativamente en estos meses, aunque no se pudieron enmendar las realizaciones anteriores.

Entre los asuntos que aclaran los documentos presentados, la mayoría son ya conocidos por su relieve. El primero, la sectaria Ley de Confesiones y Congregaciones religiosas, que, más allá de lo aprobado en la Constitución, que pretendía desarrollar, contenía numerosas agresiones, anticonstitucionales, al derecho de la Iglesia respecto al culto, la propiedad de sus bienes, la enseñanza, la actividad eclesial. Era una ley persecutoria, aunque entonces (y después) se haya querido negar. A ella respondieron los obispos españoles y Pío XI (*Dilectissima Nobis Hispania*), que equiparaba el trato que se deba a la Iglesia en España con el que se le daba en Rusia y México, claramente persecutorio. Se aborda también la revolución de Asturias (1934) que causó los primeros mártires y el destrozo de bienes eclesiásticos, evidenciando el odio de parte de la población. Junto a esto se estudia también la inestabilidad política de estos años y las frecuentes intromisiones de los gobiernos en la vida de la Iglesia, a estilo de los «reyes sacristanes» de Estados católicos y absolutistas.

Menos conocida es la negociación de un Concordato que buscaba el Estado. Él y la Iglesia entendían de hecho, aunque no fue denunciado, que el de 1851 estaba caducado. El Ministro Pita Romero actuó como embajador sin dejar durante un tiempo el Ministerio. Pronto se comprobó que era imposible un Concordato. Se pretendió un *modus vivendi*, que tampoco llegó a consensuarse. La Santa Sede aspiraba a que se eliminasen artículos de la Constitución y de la legislación complementaria, pretensión imposible pues el gobierno no tenía la mayoría precisa en la Cámara para estos cambios. Eran también excesivas las demandas republicanas y el proyecto no pudo concluirse.

En este ambiente tenso y difícil Tedeschini jugó un papel conciliador. Logró —el Ministro de Estado, Luis de Zulueta, lo consideraba como un milagro— que no se rompiesen las relaciones diplomáticas. Porque no se trataba solamente de un Estado laico —con ellos mantenía relaciones el Vaticano sin problemas— sino de un República que permitió incendios de Iglesias y conventos, disolvió a la Compañía de Jesús confiscando sus bienes, recortó sin tasa la actividad de la Iglesia, se apropió de buena parte de sus propiedades, exigiéndole además impuestos sobre lo expropiado, prohibió en buena parte su enseñanza. Y lo que vino después: la no admisión del veredicto de las urnas por parte de los partidos de izquierdas y la violencia desatada contra personas y cosas en Asturias en 1934. Tedeschini se empeñó en dialogar incansablemente, consciente de que conseguiría muy poco, pero obediente a las consignas del Papa y su Secretario de Estado. Lógicamente su actitud no fue bien recibida por quienes pretendían una postura de ruptura.

En una publicación con muchas páginas en italiano es meritoria y fruto de mucho trabajo la escasez de erratas. Desgraciadamente, en este tomo destacan dos al comienzo: en la portadilla y en la primera línea del Índice. Pero sigue siendo real la corrección tipográfica en general.

Y continúa la trayectoria de los tomos anteriores: el rigor y la accesibilidad de datos esenciales. Se hace así posible un acercamiento a la verdad histórica, que desde otras perspectivas se tergiversa. Fue un acierto la Ley de Amnistía, pero no modifica lo que sucedió de hecho. Una vez más el autor nos permite acercarnos, sin ira, a una página de nuestra historia que deseamos que no se repita. El primer paso para ello es reconocer la verdad y los errores cometidos. Estos tomos son un servicio precioso a la historia pasada y también a la convivencia presente y futura.

Rafael M^º SANZ DE DIEGO, SJ

Otros libros

MILIA, J., *El Maestrillo. Recuerdos de los alumnos de Jorge Mario Bergoglio*, Mensajero, Bilbao 2014, 133 pp. ISBN 978-271-3675-5

Conocemos al Bergoglio provincial de los jesuitas argentinos, sabemos cómo fue su gobierno de la diócesis de Buenos Aires siendo su arzobispo y cardenal, estamos al tanto del transcurrir de su pontificado. Nos faltaba por conocer sus primeros años como jesuita. La memoria coral de sus antiguos alumnos, en la que se recogen con acierto, chispa, afecto y sentido crítico sus andanzas y recuerdos del maestrillo Bergoglio, nos permite penetrar en su personalidad, sensibilidad, creatividad y méritos pedagógicos mientras a pie de obra se ejercitaba como maestrillo, como profesor y educador de adolescentes durante el bienio de 1964-1965 en el jesuítico colegio de la Inmaculada de Santa Fe. Fue Bergoglio, eso es lo que se desprende de la lectura de esta memoria colectiva, un maestrillo atípico en lo funcional y muy tradicional en lo fundamental. Atípico porque solo un líder y un convencido educador como él fue capaz de aunar la atención y el cuidado personal de sus alumnos con la organización y reanimación de la vida espiritual, deportiva, artística e intelectual de su colegio. La visita al colegio de Jorge Luis Borges, entonces en la cima de su fama, y el rezo espontáneo del Ángelus el último día de clase, lo evidencian. Frente al pesar de sus alumnos, sus palabras de entonces siguen teniendo actualidad: «Ninguna lágrima. La campana sólo indica que el futuro ha comenzado» (126). —Alfredo VERDOY, SJ

BARÓ i QUERALT, X., *En los confines del Nuevo Mundo. Cartas y documentos de Filipina Duchesne (1769-1852)*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 2014, 137 pp. ISBN 978-84-220-1755-4

Un selecto grupo de cartas salidas, en su mayoría, de la mano y del corazón de Filipina Duchesne, completado por unas cuantas respuestas de la fundadora de la Sociedad del Sagrado Corazón, Sofía Barat, conforman no sólo una antología de textos históricos sino una biografía espiritual y congregacional de las fundadoras del Sagrado Corazón en Europa y sobre todo en los Estados Unidos. Las cartas seleccionadas por el historiador Baró i Queralt nos permiten conocer los pormenores de las primeras fundaciones del Sagrado Corazón en la América del Norte, nos invitan a viajar repetidas veces a través del Misisipi y del Misuri, nos hacen revivir la evangelización de unas cuantas «naciones» indias y nos introducen en el ferviente y bien organizado catolicismo americano. Pero estas cartas más allá de los conocimientos históricos que nos puedan prestar, están llenas de una tremenda y desbordante lucha por la vida, de una actividad y de un amor concreto por los indios, especialmente por sus mujeres, y de un invencible y generoso espíritu misionero, que lleva a nuestra protagonista en sus paseos solitarios por los cementerios de los indios a

«ponerse de rodillas» ante las tumbas de los allí enterrados y a pedir «la gracia de ser enterrada entre ellos» (122). Todo un ejemplo de inculturación, amor y servicio a la Misión de Cristo.—Alfredo VERDOY, SJ

JIMÉNEZ LOZANO, José, *Abram y su gente*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 2014, 175 pp. ISBN 978-84-220-1762-2

Muy lejos de la calidad literaria y de la vena poética de su *Sara de Ur*, Jiménez Lozano, Premio Cervantes en el año 2002, rescata del pozo del olvido a los descendientes de Abram. En esta ocasión, el autor se dirige a una ficticia comunidad de contadores de cuentos que al tiempo que relatan el pasado lo vuelven a recrear. No lo hacen por puro recreo: en las historias del pasado encuentran razones para vivir y para alimentar su memoria. Una memoria necesitada de signos de salvación, encarnados en personajes tan vitales, risueños y vehementes como fueron Jacob, Moisés, Ruth, David, Abshalom, Jonás. Estas historias, leídas al trasluz de la modernidad y de la secularización, siguen tan vivas como lo estuvieron siempre.—Alfredo VERDOY, SJ

Le invitamos a que visite nuestra
página en internet

www.razonyfe.es